



Rasgos hagio-biográficos del venerable hermano José del Rosario Zemborain, por FRAY REGINALDO DE LA CRUZ SALDAÑA RETAMAR.

Fray José del Rosario Zemborain tomó el hábito de converso en el convento de Santo Domingo de Buenos Aires, el día 7 de marzo de 1763. Era un joven hidalgo de Castilla la Vieja, que había llegado con sus padres, algunos años antes, a esta parte de América en busca de fortuna; en la calle Cabildo y Santísima Trinidad (Victoria y Bolívar), había abierto una tienda de platería y lomillería, que la gente llamaba la "tienda del precio fijo". Había permanecido ajeno a los halagos de la vida y su delicia continua era dejar su tienda para acudir al templo de Santo Domingo, a rezar el santo Rosario, hasta ese día bienaventurado en que, abandonando a sus padres, ingresó en el convento. Después de profesar, fué limosnero, y vagaba durante el día por las calles, con un hábito harapiento, seguido de un perrito pelado, edificando a todos con su santidad; y como la gracia de Dios lo acompañaba, hizo también milagros.

La historia de este fraile está minuciosamente narrada en un libro que acaba de publicar el dominico Reginaldo de la Cruz Saldaña Retamar.

Es una historia inefable.

Refiriéndose al estado espiritual de fray José, cuando detrás del mostrador de la tienda portea vendía sus mundanas baratijas soñando con las dulzuras de la humildad y de la purificación, dice fray Reginaldo:

"Su conciencia, meticulosa en sumo grado, venía siendo trabajada persistentemente por escrúpulos y aflicciones espirituales que sembraban dudas y mil incertidumbres, atormentándolo día y noche. El mundo y sus engañosos halagos, la carne con sus muelles concupiscencias, el Demonio y sus sugerencias pecaminosas, tendieronle mil lazos sin lograr hacerle desistir de su formal y decidido intento.

"Substituía con placer a los hermanos en las tareas más bajas y despreciables, se imponía todo género

de mortificaciones y ayunos, y con verdadera pesadumbre a veces, por sumisión y obediencia al prior, comió de manjares apetitosos que él mismo aderezaba para los otros.

"Su vestido interior, dice fray Reginaldo, de grosero picote fabricado en las hilanderías caseras, pues no era raro ver funcionar, en los hogares coloniales, el telar y la rueca, el "lanam textil, admiración de los poltrones romanos.

"El sayal sagrado, tan sólo fuera dado aquí compararlo al de su patriarca, Santo Domingo de Guzmán, repleto de remiendos y costurones, deshilachada jerga que le suscitó varias veces las burlas y rechiflas de los disolutos y gente alegre pululante por *El Bajo* y los *Huecos*.

"Su mansedumbre era tanta como su humildad. Su resignación y su paciencia no tenían límites."

En un capítulo del libro cuenta fray Reginaldo que un negro esclavo del mismo convento, que le motejaba de hipócrita y de ladrón, y le acusaba de dilapidar los dineros de la casa, llevó a tal extremo su extraño y desvergonzado atrevimiento, que descargó sobre el rostro de fray José una recia bofetada, echándolo a rodar por tierra. Fray José se levantó mansamente del suelo, y recordando la enseñanza de Jesús, ofreció al negro la otra mejilla.

En otro capítulo habla de su castidad, la virtud angélica. Cuenta que "jamás usó de familiaridad con personas de otro sexo y cuando hablaba con ellas mantenía sus ojos bajos y modestos."

Acerca de sus milagros, refiere ejemplos admirables:

"Un día, ya viejo y achacoso, mendigando por las calles, según su costumbre, entró en la casa de un almacenero. Este, poco dispuesto a la caridad, le señaló un enorme saco de yerba paraguaya, que sólo dos hombres fuertes hubieran podido mover de allí. Pero el piadoso hermano respondió sin turbarse: "Dios se lo pague". Y ensartando por las manijas del saco una caña "tacuara" que llevaba, alzó aquella carga y marchó sin manifestar fatiga ni cansancio, murmurando su continua oración, seguido del perrito pelado.

Otra vez el dueño de una herrería, que había a